

DANAE BORONAT

NO LAS LLAMES CHICAS, LLÁMALAS FUTBOLISTAS

DEL MALTRATO AL RECONOCIMIENTO:
LA LUCHA POR LA IGUALDAD EN EL FÚTBOL



LIBROS CÚPULA



DANAE BORONAT

NO LAS LLAMES CHICAS, LLÁMALAS FUTBOLISTAS

DEL MALTRATO AL RECONOCIMIENTO:
LA LUCHA POR LA IGUALDAD EN EL FÚTBOL



LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Danae Boronat, 2021

© de la cubierta: Shutterstock

© Fotografías de interior: Ainhoa Tirapu: Cortesía de Athletic Club; Aitana Bonmatí: Bernadett Szabo/REUTERS/Gtres; Alexia Putellas: ESPA Photo Agency/Zumma Press/AP/Gtres (sup.), Bernadett Szabo/REUTERS/Gtres (inf.); Alicia Fuentes: PA Photos; Ana «Willy» Romero: Cortesía de David Ligeró/Real Betis; Concepción Sánchez: Macario Muñoz/Diario As; Ignacio Quereda: Steven Paston/Action Images/Gtres; Iñigo Juaristi: Cortesía de Athletic Club; Irene Paredes: Michel Spingler/AP/Gtres; Jennifer Hermoso: Phil Noble/REUTERS/Gtres; Jorge Vilda: Phil Noble/REUTERS/Gtres; Laura del Río: Cortesía de Noah Alirangues; Mar Prieto: Tony Welam/AP PHOTO; María Pry: Cortesía de M^a del Mar Fernández Montero; Marta Corredera: Phil Noble/REUTERS/Gtres; Nahikari García: Bernadett Szabo/REUTERS/Gtres; Pedro Martínez Losa: Cortesía de David Price/Arsenal Football Club; Pilar Vargas: archivo ABC; Roser Serra: RFEF; Sonia Bermúdez: Eric Bolte-USA TODAY Sports/Gtres; Toña Is: Jaime Villanueva/El País; Vero Boquete: Icon Sportswire/AP Images/Gtres; Vicky Losada: Cortesía de FC Barcelona; Natalia Arroyo: Oscar Alonso Algote/Real Sociedad; Irene Ferreras: Cortesía de Juan Catalán/VCF Femenino.

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Iconografía: Grupo Planeta

Primera edición: marzo de 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2820-6

D. L. B. 20.414-2020

Impresión: Macrolibros

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Introducción | 7 |
| 1. La fuerza de las mujeres | 9 |
| 2. El camino hasta hoy | 23 |
| 3. Jugar en la selección... ¿Un sueño? | 45 |
| 4. Los motores del cambio | 75 |
| 5. Hacia la profesionalización | 97 |
| 6. La afición | 129 |
| 7. La llegada del Real Madrid. ¿El inicio de una nueva era? | 163 |
| Índice onomástico | 175 |

1. LA FUERZA DE LAS MUJERES

24 de junio de 2019. Estadio Auguste-Delaune II, Reims (Francia). Lucía García roba un balón en la frontal que llega a Jennifer Hermoso, lo controla con la zurda, levanta la cabeza, se lo acomoda en la diestra y lo coloca en la escuadra de la portería de Estados Unidos dibujando una parábola infinita. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Mi mente vuelve a los veranos en los que, con las amigas del pueblo, nos divertíamos jugando a futbito, vestidas con camisetas de hombre para parecernos a los *cracks* de la época: Ronaldo, Luis Enrique, Julen Guerrero, Kiko o Raúl. Como éramos muchas, nos enfrentábamos entre nosotras y también contra equipos de los pueblos cercanos. Nuria «la Peque», Teresa y yo éramos las pequeñas. Las mayores tenían tres años más que nosotras. Jugábamos en un campo de dimensiones parecidas al de balonmano, con portería pequeña. Incluso teníamos entrenadora, Esther, que se preocupaba de colocarnos mínimamente en el cemento, aunque no le hiciéramos demasiado caso. A veces, los chicos venían a vernos. Qué nervios cuando el que me gustaba estaba en la banda y me animaba... ¡Eso sí que era presión! Entre ellos también estaba mi hermano, Bernard, tres años mayor que yo, con el que nos pasamos toda la niñez flipando con lo que hacían en la tele los «magos del balón»: Oliver y Benji. Practicarlo no fue su gran pasión, pero ahora parece hacer magia con los futbolistas como profesional de la fisioterapia y la recuperación.

Lo más parecido a Oliver Atom que habíamos visto en persona era nuestro primo Dani: rapidísimo y muy técnico. Le daba igual que el campo fuera de tierra o jugar sobre la arena de la playa; hacía auténticas diabluras con el balón y le llevaron a formar parte de la selección española de fútbol playa, junto al gran Ramiro Amarelle.

El verano en el pueblo se convertía en días de fútbol. Durante la fiesta mayor de Salomó nunca faltaba el partido de rigor: jugaban ellos y también nosotras. Formábamos un grupo de niñas que habíamos aprendido a nadar y a patinar juntas, y a las que nos parecía que quedar con el fin de «entrenar» era la excusa perfecta para sudar un rato y, después, juntarnos a tomar un refresco, comer chucherías y helados, y jugar al Risk o al Hotel. A mi madre no le hacía gracia eso de que le diera patadas a un balón. «Te vas a hacer daño», me repetía. La gimnasia rítmica le pareció más adecuada, probablemente, porque nunca me vio talento con el esférico en los pies o, simplemente, porque en la España de la década de 1990 las niñas no jugaban al fútbol.

Ella, que se había enamorado del «Tarzán Migueli» de la provincia, mi padre, un defensa central melenudo y expeditivo que tenía buen pie para lanzar las faltas y que no hacía amigos en los campos de tierra y piedras de los pueblos de Tarragona. Mi madre podía llegar a ver tres partidos cada fin de semana «porque no había otra», porque jugaba él, y los que seguía por televisión; así se convirtió en una aficionada más. Schuster, quizá por ese pelazo rubio platino, fue en uno de los primeros en los que se fijó. A menudo oía hablar a su padre de los Iríbar, Txetxu Rojo y compañía porque, pese a ser de Marmolejo (Jaén) y no haber pisado Bilbao en su vida, era seguidor del Athletic «por su política».

La de mi padre fue una carrera humilde, pero larga. Jugó hasta los cuarenta con los veteranos, y su mayor hito fue compartir equipo con el Lobo Carrasco y con Ramón Calderé cuando estos empezaban en el Torredembarra y en El Vendrell. De niño, vivió agarrado a la falda de su tía Rosita, ya que sus padres tenían que trabajar. Allá por la década de 1950, Rosita empezó a festejar con

un joven del pueblo de al lado del que quedó prendada viéndolo defender la camiseta del Masllorenç. Rubio y con ojos azules, dicen que era muy fuerte y difícil de superar para los delanteros. Sus piernas fueron lo que más la impresionó: muy bien hechas y poco peludas. Rosita y Joan se casaron y el balompié nunca más le fue ajeno.

Aunque dominar el balón nunca fue lo mío, me lo pasaba pipa incordiando a las rivales cuando el árbitro no miraba y me gané cierta fama de «follonera». Los goles los marcaban Mireia y Montse, que eran buenísimas, y los evitaba Cris, el muro atrás. El piano y la danza moderna pasaron a un primer plano en mi tiempo libre, pero el fútbol siempre estaba presente en casa. Cuántos partidos alrededor de una mesa compartimos los cuatro, cuántos nervios, llantos y celebraciones por todo lo alto. Aunque mi madre pretendiera que algún motivo religioso me protegiera en mi habitación, yo prefería que mis jugadores favoritos me dieran los buenos días al despertar. El Nàstic, el equipo de mi ciudad, me permitió descubrir la emoción en vivo de los partidos profesionales: ir al estadio con los amigos, vivir ascensos de categoría y ver de cerca a mis ídolos —Felip, Diego Torres, Codina y Castillejo—, aunque jugaran en segunda B. Algunos de ellos, sin que nadie lo imaginara y casi de repente, se plantaron en primera y marcaron el rumbo de mi vida profesional para siempre.

Aquel 24 de junio, al meterme de forma casi orgánica en la piel de Jenni, por un instante recordé por qué amo este deporte: por lo que me hace sentir y revivir, porque es mi infancia, mi familia, mi felicidad. En ese momento me convencí de que un fútbol más justo, no excluyente, es posible, porque nada de eso está relacionado con el género.

En Reims, la selección española se medía a la de Estados Unidos en los octavos de final del mundial de fútbol, al país que abandonó primero este deporte, el que más ha ganado, con cuatro mundiales y cuatrooros olímpicos. Las españolas afrontaban la cita más importante de sus vidas, la primera eliminatoria de un mun-

dial, algo que a duras penas habían imaginado. Once mujeres y un hombre se enfrentaban a su inexperiencia y a un desafío extraordinario. Once mujeres dispuestas a protagonizar un acontecimiento que les habían hecho creer que era irrealizable; un equipo preparado para lanzar un mensaje inédito, impulsado por el tesón y el empeño por romper con lo establecido. Era su momento, y podía convertirse en un punto de inflexión. La generación que encabezan Jennifer Hermoso, Vicky Losada, Amanda Sampedro o Alexia Putellas sintió por vez primera que su ilusión podía ser la de todo un país.

El empate, que se mantuvo hasta el minuto 75, hizo que los hogares de media España vibraran con la emoción de un duelo cara a cara. La igualdad del electrónico hizo olvidar a muchos que en la camiseta ponía María, no Mario. Esas mujeres y su fútbol entraron de forma abrupta y sin pedir permiso en las casas de centenares de miles de desconocidos, derribando la puerta de tópicos y clichés. Y lo lograron ellas, unas futbolistas en las que casi nadie confió ni apoyó. Las jugadoras más preparadas de la historia se cruzaron ese día en el largo y tortuoso camino del fútbol español hacia la cima. Quién sabe, quizá tenía que ser así para que por fin, y de una vez, se las respetara.

En los últimos cuarenta años, las jugadoras estadounidenses y las españolas han seguido sendas muy distintas, tanto que se presumen como un escollo insalvable. Para entender estos dos paradigmas debemos remontarnos a 1972. Desde entonces, y gracias a la ley federal Title IX, todas las universidades norteamericanas tienen la obligación de tratar el deporte femenino igual que el masculino, y ofrecer el mismo presupuesto, instalaciones, medios y número de becas deportivas. Es decir, esta ley prohíbe la discriminación por sexo a la hora de ofrecer oportunidades deportivas. En su momento, esto supuso la mejora en deportes practicados por mujeres tanto a nivel individual como colectivo. Las medallas de oro en los Juegos Olímpicos de Atlanta 96 del equipo de baloncesto, *softball* y *soccer* (como denominan los norteamericanos al fútbol) se consideran los primeros grandes

éxitos fruto de esa reforma estructural. El *soccer* —pues el fútbol americano era para hombres— ha sido uno de los deportes que se han visto más beneficiados. Lo curioso del caso es que, como muchas niñas se animaron a practicarlo, llegó a estigmatizarse como «deporte de chicas». Las universidades estadounidenses proporcionaban a las futbolistas lo que los clubes europeos ofrecían a los futbolistas.

En España, daba sus últimos coletazos la dictadura franquista, y su Sección Femenina se dedicaba a intentar boicotear cualquier acto en el que la mujer no cumpliera con el papel que le otorgaban, que se resumía en ser buenas patriotas, buenas cristianas y buenas esposas. Se habían organizado algunos partidos *amateur*. En la más absoluta clandestinidad, surgían los primeros clubes, como el popular Karbo de A Coruña (actual Real Club Deportivo ABANCA), puntero en aquel periodo tardofranquista, o el Club Polideportivo Fuengirola, primer campeón oficioso del país. Las navidades de 1970, el campo del Rayo Vallecano acogió el partido más popular disputado por mujeres hasta entonces, que enfrentó a las folclóricas y a las finolis, dos equipos formados por la flor y nata de la farándula del país, que encabezaban Lola y Carmen Flores, Rocío Jurado, Marujita Díaz o Encarnita Polo. El partido, más que un evento deportivo, fue un acto benéfico que tenía como objetivo recaudar fondos para ayudar a los más desfavorecidos, y logró reunir a miles de personas.

En el cine, un millón de españoles fueron a ver *Las Ibéricas F.C.* de Pedro Masó, película protagonizada por un equipo de fútbol de mujeres cuyo atuendo —camiseta ceñida y escotada y *short* de vedete— estaba básicamente pensado para mostrar el cuerpo de las actrices, en ningún caso para jugar. La canción inicial del filme era toda una declaración de intenciones: «Once chicas, once sueños, once lindos *minishorts*»... La película «hizo mucho daño», según Pilar Vargas, entonces futbolista y después entrenadora. La sevillana cree que aquello dañó seriamente el poco respeto que pudiera existir hacia las chicas que empezaban.

En el viejo continente, a finales de la década de 1960 empezó a cambiar la actitud hacia las mujeres en el mundo del deporte, en medio de levantamientos sociales y de la segunda ola feminista. Hay que situarse en el mes de julio de 1971 para encontrar el primer duelo internacional de selecciones reconocido por la FIFA: Francia derrotó por 4-0 a Países Bajos en el estadio Auguste Damette de Hazebrouck, un partido que, a la postre, sirvió a las francesas para acudir a México a disputar un mes después el primer mundial no oficial de la historia. Hasta veinte años después, la FIFA no reconoció ese encuentro. Recibir este reconocimiento poco antes de entrar en el siglo XXI supuso una admisión tácita de que, durante dos décadas, el organismo rector se olvidó de las futbolistas, ya que hasta 1991 no organizó el primer mundial de forma oficial.

En 1930, la FIFA creó por primera vez en la historia un mundial en Uruguay. El primer mundial femenino llegó sesenta y un años después. Fue en noviembre de 1991, en la República Federal China, con la participación de doce selecciones. Sin embargo, dos décadas antes, en agosto de 1971, se había disputado en México una copa mundial no oficial en la que solo participaron seis países: Argentina, México, Francia, Inglaterra, Países Bajos y Dinamarca, país que se impuso a México por 3-0 en un estadio azteca al que se cree que asistieron noventa mil personas, aunque otras fuentes hablan de hasta ciento diez mil.

En 1970 se celebró en Madrid el primer partido protagonizado por mujeres. El madrileño Rafael Muga, un joven oficial administrativo, empresario con visión de negocios, organizó un encuentro que enfrentó al Mercacredit, equipo que él presidía, con el Sizam (Olímpico Villaverde) en Villaverde, ante unos seis mil curiosos que pagaron 25 pesetas por entrar en el estadio Boetticher. En ese momento, Concepción Sánchez tenía trece años. «Jugamos mi hermana y yo con un grupo de chicas mayores. Destaqué, fui la más mediática.» Y tanto que lo fue. Los cinco goles que marcó le sirvieron para que el periódico *Marca* la bautizara como «Conchi Amancio», haciendo referencia al futbolista

que triunfaba entonces en el Real Madrid. Salió en los periódicos, y Televisión Española también se hizo eco de la noticia. Al término del duelo, habló con la protagonista.

«¿Por qué juegas al fútbol?» «Es una diversión.» «¿No te cansas jugando?», le preguntó. La preocupación de la época radicaba en las dudas sobre si la mujer era apta para la práctica del balompié y cómo podía afectar a su salud realizar ese deporte de forma continua. Las preocupaciones sobre la imagen que transmitían las jóvenes y el perjuicio estético que podía tener para sus piernas eran más importantes que sus regates o sus tiros a puerta. Así pues, se entiende que Conchi tuviera que defender la feminidad de su *hobby*: «Creo que el fútbol puede ser tan femenino como el balonmano o el baloncesto». En estos dos deportes, la presencia de las mujeres estaba mucho más normalizada. Poco a poco, la popularidad del fútbol fue en aumento. Había más niñas interesadas en él y se montaron el primer campeonato de España y las primeras selecciones regionales: la de Castilla y la de Andalucía. En 1971 fue la primera capitana de la selección que disputó su duelo de estreno en La Condomina, Murcia. Realmente, se convirtió en una cita llena de dificultades. «Fue una vergüenza. La Federación no quería dejarnos jugar porque la Sección Femenina tenía mucho poder. Era una institución; puso muchas trabas a la Federación e intentó suspender el partido. Pese a que hacía mal día, había unas tres mil personas, pero salimos con una hora de retraso... ¡Hubo un jaleo! Habíamos trabajado mucho para debutar, era un día importante», rememora Conchi. Fue la primera española que se dedicó de lleno al fútbol, pero lo tuvo que hacer en Italia, lejos de los suyos. «No fui la primera en jugar al fútbol, pero sí la primera en dedicarme a él profesionalmente», puntualiza.

El 8 de diciembre de 1972, el combinado español se enfrentó a Italia en el estadio Arcángel de Córdoba. El resultado, una dolorosa derrota: 1-5. La noticia que emitió Televisión Española como crónica del partido empezaba con un grafismo en que aparecían unas letras en mayúsculas que rezaban: TVE con el fútbol femenino. Las primeras imágenes mostraban un plano en

detalle de los culos y las piernas de las jóvenes, mientras la voz en *off* decía: «Los tiempos han cambiado y Señor, Señor, hoy podemos ver así a la mujer. Convertida en futbolista. Buscadora de goles, deseosa de triunfos, protestadora de árbitros. La cosa ha llegado a escala internacional y once féminas balompédicas disputan a las italianas la primacía del fútbol europeo». El locutor acompañaba el resumen del choque con comentarios del tipo: «Hay una plantilla de hermosas muchachas dispuestas a meter muchos goles. Las chicas hacen lo que pueden, pero a veces no se sabe si estamos en un partido de fútbol, en una exhibición de *ballet* o en un alarde de tarascadas que el árbitro no puede pasar por alto». Al finalizar el encuentro, las jugadoras, todavía sudadas y llenas de barro, en el vestuario, respondieron a las preguntas del entrevistador. La primera fue la capitana, Conchi Sánchez. «La selección española todavía no ha ganado un partido. ¿Qué pasa?» «Tiene que ver con que ellas llevan seis o siete años jugando y nosotras hoy hace dos años que empezamos a jugar.» Así de sencillo, debió de pensar Conchi.

Siguió con otra jugadora a la que interrogó del siguiente modo: «¿Su puesto en el equipo cuál es?». «Interior izquierda.» «¿Usted ha leído a Bécquer?» «Sí.» «¿Le gusta?» «Mucho.» «¿Se casaría con un futbolista?» «¿Por qué no?», respondió con media sonrisa la joven. El informador seguía muy interesado por la vida personal de las deportistas, así que le preguntó a otra: «¿Usted sabe cocinar?». «Sí.» «¿Qué plato le sale mejor?» «La tortilla de patatas.» «¿Qué es más fácil, hacer una tortilla de patatas o marcar un gol?» «Marcar un gol.» «¿Más fácil? ¿Y por qué no mete la selección española?» «Bueno, la selección italiana no es tan fácil», se defendió ella. Por último, abordó a otra integrante a la que le planteó el siguiente debate: «¿Hay fútbol femenino y fútbol masculino o es solo fútbol?» «Pues de las dos clases.» «Pero el fútbol femenino, ¿no es un poco bestia?» «Pues igual que el masculino.» «¡Pero se pegan!», remarcó él. «Exactamente igual que los hombres», resistió ella. «Pero, entonces, ¿es femenino o no?» «Sí.» «¿Le va bien a la mujer?» «Sí», concluyó sonriente. Para cerrar la noticia, volvían

a mostrarnos lances del juego y el locutor comentaba: «La muchachada femenina española está dispuesta a dar la campanada futbolística. Entre ellas hay futuros genios y no sabemos si Ladislao cuenta ya con alguna de ellas para sus deseados triunfos internacionales. De momento ahí tenemos otro fútbol, aunque ayer, en Córdoba, a causa del mal tiempo, la recaudación no bastó ni para pagar el esparadrapo. Mañana juegan otra vez. Son muchas valerosas, enérgicas, simpáticas y, quizá, pronto... ¡también sean goleadoras!». Y cerró aseverando: «Ahí está el otro fútbol, vale la pena». La televisión, el altavoz mediático más potente de la época, ilustraba a la perfección los férreos valores tradicionales existentes en un vídeo de apenas tres minutos en el que retrataba el menosprecio y el intento por ridiculizar a las futbolistas.

Lo que hemos visto hasta ahora tuvo lugar durante el franquismo, momento en el que los derechos y las libertades de las mujeres (no solo de ellas, pero en especial) se vieron totalmente atropellados. Con la Constitución española de 1978 —la norma suprema a la que están sujetos todos los poderes públicos y ciudadanos de España—, se proclamó el derecho a la igualdad y a la no discriminación por razón de sexo. En la democracia, todas las voces importan. La convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer aprobada por la Asamblea General de Naciones Unidas en diciembre de 1979 establece en el Preámbulo que la máxima participación de la mujer en todas las esferas, en igualdad de condiciones con el hombre, es indispensable para el desarrollo pleno y completo de un país, el bienestar del mundo y la causa de la paz. España ratificó este texto en 1983, año en el que se constituyó la selección española femenina de fútbol. Las jóvenes de la época empezaron a practicar deporte con normalidad. En las escuelas, jugaban al baloncesto, voleibol o balonmano, y también al tenis, pero al fútbol poco o muy poco. Empezaron a destacar en los juegos olímpicos y en los grandes torneos de la década de 1990: Blanca Fernández Ochoa, Arancha Sánchez Vicario o Theresa Zabell firmaron gestas individuales sin precedentes al máximo nivel. Colectivamente, los éxitos femeninos

llegaron mucho más tarde, con las selecciones absolutas de baloncesto, waterpolo o balonmano, colgándose medallas en los principales eventos desde finales de la década del 2000. Sin embargo, el fútbol practicado por mujeres siempre ha ido muy por detrás del de los hombres, pese al profundo arraigo que tenía este deporte en la vida cotidiana española desde la década de 1940. ¿Fue por falta de tradición o de voluntad que las mujeres crecieran en una cultura —la futbolística— siempre asociada al hombre?

Desde marzo de 2007, España cuenta con una Ley de Igualdad aprobada por las Cortes Generales para la igualdad efectiva de mujeres y de hombres, que refleja la voluntad de crear el marco normativo adecuado y favorable para seguir avanzando hacia una sociedad más justa y democrática. En 2009, el Consejo Superior de Deportes promulgó el «Manifiesto por la igualdad y la participación de la mujer en el deporte», y se adhirió a los principios de la Declaración de Brighton, de 1994, como hoja de ruta referente a nivel internacional en materia de mujer y de deporte. Los estudios de ese momento en este ámbito reflejaron que existían diferencias importantes en cuanto a la participación y representación femenina en las distintas esferas del deporte, y por ello se hizo hincapié en la promoción de la equidad en esta práctica, teniendo en cuenta las diferencias entre mujeres y hombres, pero sin que estas limiten sus posibilidades.

La sociedad española se ha visto influenciada por un contexto internacional que ha fomentado el crecimiento de una conciencia feminista global, especialmente en la última década, y gracias, en parte, al poder de las redes sociales. En 2014, la actriz Emma Watson lanzó desde las Naciones Unidas el movimiento He For She, que animaba a los hombres a sumarse a la lucha contra la discriminación. También en 2014 se popularizó el movimiento Free the Nipple, que protestaba contra la censura en las fotografías de los senos y pezones de las mujeres, mientras que el torso masculino siempre podía exhibirse. La revista *Time* declaró que 2014 había sido el mejor año de la historia para las mujeres. Solo tres años después, el 21 de enero de 2017, al día siguiente del

nombramiento como presidente de Donald Trump, se convocó la Women's March, que tuvo una participación de más de cinco millones de personas. Las protestas fueron secundadas con convocatorias de manifestaciones en más de ochenta y un países. Entre sus reclamaciones se encontraba la defensa de los derechos reproductivos o la protección de los derechos laborales. Otro de los movimientos con mayor repercusión fue el MeToo, que denunciaba abusos sexuales especialmente en la industria cinematográfica de Hollywood. También destacan en este periodo las denuncias y el juicio contra Larry Nassar por parte de las integrantes y antiguas atletas del equipo olímpico estadounidense de gimnastas, que logró una gran repercusión a nivel mundial. El exmédico del equipo fue condenado a una pena de entre cuarenta y ciento setenta y cinco años de cárcel por abusar sexualmente de más de doscientas cincuenta gimnastas. Nadie se explica cómo, durante veinte años, su «tratamiento» —que consistía en «el ajuste intravaginal» con el que penetraba con los dedos sin guantes a las jóvenes— fue aceptado y tolerado por colegas de profesión e incluso por los padres de las deportistas, que presenciaban el acto en su consulta.

La movilización histórica del 8 de marzo de 2018 nos situó en la vanguardia de la lucha por los derechos de las mujeres. De hecho, en 2019, España estaba entre los diez primeros países en paridad de género. No obstante, en el mundo del fútbol, la realidad dista de ser paritaria. No solo no está equilibrada la cantidad de hombres y de mujeres, sino tampoco su valor. En este caso, no sería osado aplicar el concepto «techo de diamante» que acuñó Amelia Valcárcel en su libro *La política de las mujeres* (1997, Cátedra). Se refiere al hecho de que, en la sociedad patriarcal, el hombre es un «objeto de aprecio» y la mujer, un «objeto de deseo», subordinándola así a una situación en la que el hombre perpetúa su poder. Los futbolistas son, hoy, el mayor «objeto de aprecio» para niños, niñas y adolescentes, pero también para las compañías y marcas. El cambio de mentalidad que estamos experimentando socialmente tiene distintos ritmos y, en el caso de la mayoría de los dirigentes de nuestro fútbol, sigue siendo muy

lento. Creen que tienen manga ancha para entorpecer el avance de algo que no se puede detener, ignorando que estamos ante una era marcada por la fuerza de las reivindicaciones de las mujeres que ya no admiten ser sometidas por los hombres. Nuestras adolescentes han crecido viendo a sus madres trabajando a doble jornada, en casa y fuera, sin tener ni idea de qué era conciliar y que se agrupan por sororidad para romper los moldes del machismo resistente. Estas mujeres se inspiran en otras que lograron acabar con la desigualdad, gracias a las cuales tienen derecho a voto, al divorcio o a abortar.

La historia del deporte es también la historia de las mujeres que rompieron barreras. A finales de 1894, en la Inglaterra victoriana, se fundó el primer equipo femenino de fútbol de la historia. El British Ladies' Football Club fue creado por una activista de los derechos de la mujer que se presentó bajo el pseudónimo de Netty Honeyball para evitar posibles represalias. Reclutó a las jugadoras mediante anuncios en la prensa. «Lo fundé con la determinación de mostrar al mundo que las mujeres no son las criaturas ornamentales e inútiles que creen los hombres. Espero con ansia el momento en el que las mujeres puedan sentarse en el Parlamento y tener voz en la dirección de los asuntos, especialmente en aquellos que más les conciernen.»

En España, hay que destacar la figura de Elia María Gómez-Álvarez y López-Chicheri (era aristócrata), más conocida como Lili Álvarez, que en 1924 se convirtió en la primera española en participar en unos juegos olímpicos (los de invierno de Chamonix). Pasó su infancia en Suiza practicando deporte y fue revolucionaria por su éxito y reconocimiento en esquí (campeona de España), patinaje sobre hielo, alpinismo, automovilismo (campeona de Cataluña) y tenis, deporte en el que ganó un Roland Garros y fue tres veces subcampeona en Wimbledon. En 1926, en su primera final, estuvo presente el rey Alfonso XIII quien, tras el partido, afirmó que se movía por la pista «como un torero». En 1931, su imagen en el torneo parisino fue motivo de polémica, ya que vestía una falda-pantalón, indumentaria «escandalosa»

para la mujer en esa época, aunque la siguió utilizando, haciendo oídos sordos a las críticas que suscitó. En 1941, un año después de ganar el Campeonato de España de Esquí Alpino, fue expulsada de una competición en Candanchú por acusar al jurado de machista al tener a las participantes esperando a que todos los hombres hubieran competido. Años después, Lili trabajó como periodista deportiva y como escritora, y aprovechó su popularidad para denunciar la desigualdad existente en un país en el que nunca fue reconocida. En una entrevista en *El País* de 1979, dijo: «Fui tres veces finalista de Wimbledon, cosa que no había hecho antes ningún varón. Y ya ves, el olvido es debido a que los varones son importantes en España. De ellos hablan, y de lo mío nadie dice nada». Lili Álvarez vivió noventa y tres años, pero le otorgaron la medalla de oro al mérito deportivo cuando ya había fallecido, a título póstumo.

Otra de las atletas cuya efeméride se recuerda en la historia del deporte es Katherine Switzer, pues fue la primera mujer en correr la maratón de Boston, la más antigua, en 1967. Después de varios meses de entrenamiento con su padre, se propuso completarla para mostrar al mundo que, si ella podía, muchas más también. Pese a los intentos de que no terminara la carrera consiguió cruzar la meta. A partir de ahí, gracias a la labor que llevó a cabo con otras mujeres organizando carreras dejaron de dudar de que una mujer pudiera completar los 42'2 kilómetros de la maratón.

Hay que conocer y seguir el ejemplo de estas pioneras, mujeres adelantadas a su tiempo. Sin embargo, actuar con valentía sigue siendo arriesgado porque no hemos avanzado tanto. Honeyball, Lili o Switzer se alejaron del discurso oficial y favorecieron a las que las seguían en una labor que aún hoy es primordial. Emergen liderazgos rutilantes, como el de una jugadora capaz de retar públicamente al mismísimo presidente de Estados Unidos u otra dispuesta a no acudir a un mundial por reivindicar la igualdad salarial. En la actualidad, la californiana Megan Rapinoe y la noruega Ada Hegerberg representan el cambio del rol de género asociado a la feminidad: dicen basta a la sumisión, la fragilidad, la dependencia, la pasividad y a los conceptos que tradicionalmente

se nos asocian. Lideran el proceso de mutación hacia un fútbol más empático, más justo y más libre. Su lucha por los derechos fundamentales y por la realización personal marcan una nueva tendencia.

En el mundo de lo viral, lo frívolo y las noticias falsas, resulta más conveniente que nunca revisar nuestros valores, prejuicios y estereotipos. Profesorado, madres y padres, ciudadanía... todos formamos parte de una comunidad que requiere de autocrítica y de capacidad de introspección. Desde que se apagaron los focos del pasado campeonato del mundo en el que muchos celebraron la rutilante aparición femenina, es necesario que revisemos qué mensajes estamos mandando a nuestros menores, qué lenguaje empleamos y qué dicen nuestros actos. Es oportuno preguntarse si existe alguna diferencia entre lo que siente el amante de este deporte cuando el gol lo marca una mujer o cuando lo anota un hombre; debatir sobre si produjo menos serotonina —«la partícula de la felicidad»— el gol de Jenni Hermoso a las estadounidenses en los octavos del Mundial de Francia que el de David Villa a los portugueses en los octavos del Mundial de Sudáfrica. Es de recibo preguntarse si es motivo de alegría o de preocupación para los dueños del deporte rey que las mujeres tengan éxito. Desde mi punto de vista, es urgente plantearse una serie de interrogantes y darles respuesta para entender las raíces de las desigualdades existentes y atajarlas, de modo que cualquier niña pueda elegir ser futbolista, y que la próxima película que trate sobre una chica que quiere jugar al fútbol se llame *Quiero ser como Alexia* (y no como Beckham).

El deporte que construye referentes para millones de niños y niñas es reacio a admitirlas como seres con cualidades admirables, esas que en ellos resultan tan fascinantes. Las puertas del respeto solo están entreabiertas para las futbolistas, mujeres para quienes el deporte es un vehículo para la vida, una lección continua, pero también una oportunidad, una plataforma y un micrófono. La voz de nuestras futbolistas no se ha escuchado lo suficiente. Hasta ahora.